

La crisis de la sociedad de la red global: 2001 y después

Manuel Castells,
profesor investigador,
Universitat Oberta de Catalunya

Los años noventa se recordarán, seguramente, como uno de los períodos de la historia reciente más innovador desde el punto de vista tecnológico, más creativo desde el punto de vista cultural, y más dinámico desde el punto de vista económico. El final de la Guerra Fría despertó expectativas de cooperación internacional, superando la amenaza de una destrucción mutua asegurada, y generó dividendos de tiempo de paz que permitieron una nueva orientación productiva de la inversión. La revolución de las tecnologías de la información y de la comunicación se extendió por todo el mundo a través de Internet, una tecnología arcana que había permanecido durante casi tres décadas en los aislados círculos de científicos informáticos y de comunidades contraculturales, hasta que la telaraña mundial y las avanzadas tecnologías de la microelectrónica y de las telecomunicaciones difundieron el poder de la información a través de redes que entrelazaban el planeta de forma selectiva.

La desregulación y la liberalización despejaron el camino para que se desencadenara, a escala mundial, una ola de innovación y de toma de riesgos. La pujanza de la productividad en un determinado número de países y sectores reflejaba el auge de una nueva economía, más allá del bombardeo publicitario de extravagancias "punto com". Esa nueva economía no se basaba, ni entonces ni ahora, en una abundancia irracional sino en la combinación sinérgica entre las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, el desarrollo de redes de actividades comerciales, y la expansión mundial de mercados y talentos. Una nueva ola de innovación tecnológica, en ingeniería genética, telefonía móvil y tecnología WAP (Wireless Application Protocol) para Internet, en nanotecnología, materiales biológicos para procesar la información, y nuevas fuentes de energía, parece estar a punto de desencadenar otro círculo virtuoso de creación de riqueza e ingeniosidad técnica. El auge de libertad individual, representado por la comunicación a través de Internet, y el creciente multiculturalismo de las sociedades en todo el mundo han enriquecido las fuentes de la creatividad y de la expresión del espíritu humano. Los derechos humanos han sido afirmados como un deber global. China e India, que representan más de un tercio de la población mundial, están multiplicando sus redes de conexión con el mundo entero. Occidente ya no puede gobernar sobre el resto del planeta, a pesar de su capacidad para actuar como superpotencia militar sobre enemigos menores. Se ha establecido un tejido de conexiones tecnológicas, económicas, políticas y culturales entre los países y las culturas. Se han sentado las bases objetivas para que la especie humana se una. Así que, en general, y a pesar de la persistencia de la desigualdad, la pobreza y el sufrimiento humano en el contexto de estos dorados años noventa, al iniciarse el nuevo siglo, el mundo parecía haber emprendido una nueva era, una era de información, una era de exploración de las posibilidades de la vida en sus múltiples facetas. Y sin embargo, escribiendo en el año 2002, todas estas palabras suenan extrañamente, incluso dolorosamente, poco realistas. La combinación de una posible recesión económica mundial, las tensiones geopolíticas y la

incertidumbre en la vida diaria como consecuencia de los ataques terroristas en Estados Unidos, ponen de manifiesto la fragilidad de los cimientos de la innovación, la globalización y la creatividad. ¿Cuál es el origen de esta fragilidad?

En primer lugar, la volatilidad financiera. La creciente interdependencia de los mercados financieros constituye el núcleo del proceso de globalización, junto con la sensibilidad de dichos mercados ante las turbulencias informativas de todo tipo. Las decisiones respecto a las principales inversiones financieras se adoptan, y son desechadas, en cuestión de segundos, sobre la base de una combinación de modelos matemáticos (no siempre fundamentados en un análisis económico riguroso), procesamiento acelerado de datos, y percepciones. La desregulación, la liberalización, la globalización y las redes informáticas han transformado los mercados financieros, convirtiéndolos en la última instancia para valorar empresas y países, y han colocado las finanzas mundiales fuera, en gran medida, del control de los gobiernos y de la supervisión de las instituciones financieras. Parece que se ha inflado de forma exagerada la mayoría de los valores de las empresas "punto com" y de algunos valores tecnológicos. Sin embargo, cuando, después del 10 de marzo, las expectativas se invirtieron, el valor de las acciones de empresas bien gestionadas, rentables, con excelentes productos y servicios y con mercados en expansión, también cayó, en gran medida debido a la percepción de los inversores y de sus expertos asesores. La mayoría de la gente espera que el mercado se asiente y encuentre su punto de equilibrio, lo que probablemente no sea más que un espejismo. Los engranajes internos del mercado, el volumen del capital, la complejidad de las carteras de valores que se gestionan en la actualidad y el rápido proceso de cambio tecnológico y cultural, parecen favorecer, al menos en el futuro inmediato, la volatilidad del sistema. Por supuesto, existen ciclos comerciales en la nueva economía, pero lo que parece estar ocurriendo es que, debido a la creciente dependencia tanto de la demanda como de la oferta respecto de la valoración de los mercados financieros, el ciclo financiero está sincronizándose con el ciclo industrial. Teniendo en cuenta que ninguna economía del mundo puede en la actualidad abstraerse de lo que ocurre en los mercados financieros, dado que el volumen de negocio del cambio de divisas asciende a 2.400 millones de dólares, y puesto que ningún banco central puede tener ninguna influencia (al margen de la meramente psi-

“Lo que está ocurriendo en el mundo hunde sus raíces en la marginación de la identidad islámica por parte de Occidente”

cológica) sobre la dinámica de los mercados financieros mundiales, hemos perdido márgenes de libertad considerables en el ámbito de la política financiera, monetaria y fiscal. En lugar de controlar los mercados financieros, los países y las empresas deben aprender a navegar en sus turbulentas aguas. No se trata de algo temporal, es una característica de la nueva economía basada en la información y globalmente interdependiente. Por lo tanto, incluso si en marzo de 2002 la economía de Estados Unidos parece estar saliendo de la recesión, debido a las reservas productivas de la nueva economía, e incluso si la economía europea parece estar resistiendo la recesión y volviendo a un ritmo de crecimiento moderado con baja inflación, la volatilidad financiera sigue siendo una amenaza importante para la economía global. Argentina constituye sin duda alguna un caso ilustrativo, agravado por la rigidez del Fondo Monetario Internacional y por la incompetencia y la corrupción generalizada de la clase política argentina. Pero Japón es una catástrofe económica en lista de espera. No sólo la economía sigue en una situación de estancamiento que dura ya una década, sino que, además, su sistema bancario, al que otra clase de políticos corruptos impide llevar a cabo una auténtica reforma, puede hundirse en cualquier momento. En 2001, parecía iniciarse un proceso de reforma en el seno del

Partido Liberal Democrático, aun cuando el nuevo primer ministro no ha demostrado ser tan resuelto y honesto como su imagen daba a entender. Pero ha queda-

do claro que todo el proceso de reforma no era más que otra confabulación de la burocracia de dicho partido atrincherada para seguir actuando como siempre, manteniendo a los reformistas estrechamente controlados por el aparato del partido. Si la volatilidad financiera afecta negativamente a uno de los grandes bancos japoneses, que se encuentran en dificultades, es muy probable que su caída repercuta en toda la economía mundial. La pasividad de Japón en 2001 ha preparado al país, y al mundo, para una crisis potencial en 2002. Por lo tanto, en definitiva, se dan fuerzas de crecimiento firmemente asentadas en el proceso de innovación y en la productividad que caracterizan a la nueva economía, en especial en Estados Unidos, que han resistido la depresión de 2001 intensificando sus capacidades competitivas. Pero, por otra parte, las prácticas empresariales corruptas en Estados Unidos (por ejemplo, el escándalo Enron-Arthur Andersen), en Europa (por ejemplo, el escándalo Barnevik/Lindahl de la ABB), en

América Latina (empezando por Argentina) y en el sistema bancario de Japón pueden hacer descarrilar la recuperación, generando movimientos financieros bruscos en plena volatilidad sistémica de los mercados financieros mundiales.

La segunda fuente de inestabilidad radica en el creciente desequilibrio entre crecimiento económico y sostenibilidad del medio ambiente, que se deriva de tres razones principales. En primer lugar, la aceleración del crecimiento económico a escala planetaria ha conducido a la penetración en todos los ecosistemas de la Tierra, con excepción de la Antártida, durante 50 años. En segundo lugar, la persistencia de la pobreza en poblaciones cada vez más desarraigadas, a medida que el proceso de desarrollo desequilibrado arrasa las formas tradicionales de vida y de subsistencia, hace mella en el medio ambiente, ya que la pobreza y el desarrollo urbano incontrolado constituyen las agresiones más destructivas contra nuestros sistemas de supervivencia. En tercer lugar, los formidables avances tecnológicos, tales como los alimentos genéticamente modificados y la ingeniería genética en general, abren la posibilidad de alterar el equilibrio de la vida sin que dispongamos del conocimiento pleno de lo que estamos haciendo. La paradoja radica en que la ciencia y la tecnología nos permiten ahora conocer mejor las consecuencias del crecimiento económico sobre los ecosistemas, de forma que somos conscientes de nuestra capacidad colectiva para envenenar la vida de nuestros nietos y de nuestros bisnietos. Como este conocimiento está llegando a la opinión pública, se produce una reacción creciente por parte de los ciudadanos de todo el mundo contra el modelo de crecimiento económico imperante. Naturalmente, como ocurre con todos los movimientos sociales, una gran dosis de ideología y de exageración está presente en estas críticas. Pero parece legítimo, por ejemplo, valorar las consecuencias de la biotecnología en líneas específicas de producción agrícola y ganadera antes de seguir adelante en este sentido; o determinar las condiciones en las que podemos seguir avanzando en el ámbito de la manipulación genética de células procedentes de órganos humanos con fines terapéuticos. A pesar de que la mayoría de las empresas y la mayoría de las autoridades públicas afirman ser conscientes de los riesgos para el medio ambiente, también hay una gran dosis de cinismo y desconfianza, como se ha puesto de manifiesto en las nuevas propuestas para resucitar la contaminante industria de la energía nuclear en Estados Unidos y en otros lugares. Dicho de otro modo, los que toman las decisiones a menudo defienden de boquilla los derechos medioambientales, mientras siguen pensando que lo importante es

garantizar el crecimiento económico a cualquier precio. Esto ocurre especialmente en la mayoría de los países en vías de desarrollo. En esta línea de puesta en evidencia, los intentos para gestionar la conservación medioambiental a escala global están estancados (como, por ejemplo, la actitud de Estados Unidos frente al Protocolo de Kyoto) y, por consiguiente, los ciudadanos de todo el mundo se movilizan cada vez más, irritados contra lo que perciben como un modelo destructivo de desarrollo.

La desigualdad, la pobreza y la exclusión social han seguido extendiéndose en todo el mundo en medio de una extraordinaria revolución tecnológica, y en el marco del proceso dinámico de globalización económica que hemos experimentado en los años noventa. Los Informes de Naciones Unidas sobre Desarrollo Humano para el período 1996-2001 son una clara muestra de la brecha cada vez mayor entre, por una parte, lo que están consiguiendo los países desarrollados, y los grupos profesionales de alto nivel, y, por otra, la mayoría de los ciudadanos del mundo, incluyendo aproximadamente al 40% de la población que llega difícilmente a sobrevivir con menos de dos dólares al día, o el 50% de la población que nunca ha hecho o ha recibido una llamada de teléfono en la era de Internet. Las instituciones que apadrinan la globalización de orientación liberal han defendido a lo largo de toda la década que la forma de ayudar a los países a salir de la pobreza es precisamente mantener el rumbo de la globalización de libre mercado. Puede que sea así. Y puede que no, ya que se acumulan las pruebas de que, a la vez que se establecen redes globales de áreas dinámicas en el planeta (los Bangalore y los Shangai del mundo en desarrollo), muchas regiones y cientos de millones de personas, que siguen sin acceso a la educación, que son pobres y cada vez menos capaces de participar en esta nueva economía basada en la información, permanecen desconectadas de esas redes de riqueza y tecnología. Sin embargo, creo que el debate entre los defensores del libre mercado y sus críticos no tiene relevancia alguna, porque lo que importa en este caso es el marco temporal. Para que el proceso vaya calando en la mayoría del planeta, puede que sean necesarias varias décadas (al menos un par de ellas). Y dudo mucho de que dispongamos de tanto tiempo. En un mundo interconectado, en el que la cobertura de los medios de comunicación que distribuyen imágenes e información a través de todo el planeta está cruzando el umbral del 50% de la población en las ciudades; en un mundo con niveles de escolarización en rápido crecimiento, en el que se percibe la sensación de un planeta que se está encogiendo, y en el que cerca de

un tercio de la población disfruta de la mayor revolución tecnológica de la historia, mientras el resto de la humanidad se hunde en la pobreza, la destrucción medioambiental y las epidemias, sencillamente se contradice la experiencia histórica. No se trata sólo de una cuestión de responsabilidad moral, sino de realismo pragmático.

Y todavía hay más. En mi libro *El poder de la identidad* (1997) defendía, basándome en la observación, que la cultura unificadora del mundo de los medios de comunicación de masas, y la comunicación global en torno a un sistema de valores dominado por Occidente, anclado en los proyectos individuales, entraba cada vez más en contradicción con la autoafirmación de las identidades culturales de diversos orígenes: religiosos, étnicos, territoriales, nacionales, de género, así como con las identidades autodefinidas. La identidad constituye la fuente de significado para las personas. Tras dos siglos de racionalismo abstracto, resultado tanto de la Ilustración como de la experiencia comunista, se ha puesto de manifiesto el peso de las identidades primarias, como fuente de significado, en los individuos. En una época de cambios rápidos, y en plena crisis de legitimidad de las instituciones políticas en la mayor parte del mundo, las personas se refugian en su dios, en su tierra, en su historia, en su ser cultural/biológico. La identidad del ser reemplaza el fracasado proyecto de llegar a ser. Las sociedades son cada vez más multiculturales y multiétnicas, pero no como crisol de culturas, sino como yuxtaposición de comunidades culturales que se mantienen unidas mediante frágiles puentes. El comunalismo se opone a la individualización. Lo local reacciona frente a lo global. Todo intento por desdeñar las identidades con raíces históricas en nombre del progreso global hacia la hipermodernidad desencadena una reacción colectiva, cuya intensidad es directamente proporcional a su exclusión de la cultura global unificadora. Y esto se verifica también en el caso del fundamentalismo cristiano norteamericano, del fundamentalismo islámico y del fundamentalismo judío. Y es cierto en el caso del nacionalismo xenófobo serbio y en el del nacionalismo catalán tolerante. El principio de identidad, en sus diferentes manifestaciones, se convierte en una característica tan importante para organizar nuestro mundo como la revolución de las tecnologías de la información o la globalización de la economía.

Como ocurre siempre en la historia, estas contradicciones estructurales del sistema tecnoeconómico

emergente, que conocemos ahora como sociedad de la red global, acaban expresándose en los movimientos sociales y en los conflictos políticos. El movimiento antiglobalización (una coalición heterogénea de grupos activistas, fundamentalmente de países desarrollados) ha sido capaz (a pesar de sus límites y de la cobertura mediática que le atrajeron los actos de sus márgenes violentos) de modificar los términos del debate sobre los medios y fines de la globalización, como se ha puesto de manifiesto en el carácter abierto y en el impacto de la reunión de Porto Alegre en 2002. Lo cual se debe a que, más allá de su núcleo activista, llega a la sensibilidad de amplios sectores de la opinión pública en todo el mundo. Y, en última instancia, esta opinión pública se traduce en voto electoral y en sentimientos públicos. El Gobierno Jospin, por ejemplo, ha abierto un canal de comunicación institucional a las demandas y propuestas del movimiento antiglobalización.

Además, en un nivel de acción totalmente diferente, el surgimiento del terrorismo fundamentalista muestra los límites de un mundo carente de canales de diálogo multicultural. Indudablemente, el terrorismo siempre tiene un componente de fanatismo colectivo y de locura individual, cuyas raíces no se encuentran en contradicciones estructurales de gran alcance. Tampoco es cierto que estemos presenciando ningún choque de civilizaciones, ya que los terroristas islámicos no representan a la gran mayoría de los musulmanes, y dado que el concepto mismo de civilización suscita fuer-

“El desafío consiste en combatir el terrorismo sin alterar nuestros valores y nuestras instituciones democráticas”

tudas en el ámbito de las ciencias sociales rigurosas. Aun así, lo que está ocurriendo en el mundo hunde sus raíces en la marginación de la identidad islámica por parte de Occidente, así como en la humillación y en la violencia contra los palestinos mediante la ocupación israelí de sus territorios internacionalmente reconocidos, una herida abierta en el mundo árabe e islámico. A no ser que el mundo se tome las reivindicaciones de identidad y los derechos humanos de los palestinos y de los árabes tan en serio como nos tomamos todas las demandas de Israel respecto a su derecho a la seguridad y a la defensa de sus lugares sagrados, todos los planes de desarrollo económico chocarán contra el muro de la intolerancia entre identidades histórico-religiosas.

La amenaza terrorista requiere adoptar medidas de seguridad. Sin embargo, el riesgo radica en que, en un mundo en el que la seguridad se convierte en una preocupación prioritaria, se pone en peligro la libertad (por ejemplo, la libertad en Internet, que es una tecno-

logía de la libertad y que debe seguir siéndolo), se pone en peligro la tolerancia, y se pone en cuestión los cimientos mismos de la democracia. El desafío consiste en combatir el terrorismo sin alterar nuestros valores y nuestras instituciones democráticas. No hemos padecido el terrorismo porque tengamos demasiada libertad, sino porque nuestros servicios de inteligencia carecen de información. La solución no consiste en rebajar nuestra información, sino en aumentar la suya. Y ello se puede hacer sin necesidad de crear una versión siglo XXI de Estado policial selectivo.

El verdadero peligro radica en que estas diferentes fuentes de inestabilidad podrían combinarse entre sí. En la actualidad, las redes terroristas tienen sus raíces esencialmente en el fundamentalismo religioso y en identidades radicalizadas. No son la expresión de una revuelta de los pobres del mundo. Pero podría llegar a ocurrir en parte. Si se comete una serie de errores estratégicos, y la respuesta a la amenaza se diseña en términos de seguridad, en lugar de en términos de desarrollo compartido, el desigual proceso de crecimiento económico podría llevar a una unión entre las revueltas sociales y las vanguardias fanáticas. Se trata, seguramente, del guión previsto por los fundamentalistas.

En un mundo sitiado, la confianza en las instituciones y las expectativas respecto a los resultados económicos se reducen rápidamente. Y sin confianza ni expectativas, hay poca inversión y no demasiado consumo. De esta forma, en ausencia de una inversión pública importante (una especie de keynesianismo de la Era de la Información), el crecimiento económico puede estancarse a escala global, agravando así los problemas sociales y medioambientales.

A pesar de su extraordinario dinamismo, el modelo específico de globalización que surgió en los

años noventa no era sostenible. No lo era porque estaba amenazado por la volatilidad financiera y la desregulación salvaje de la economía, en virtud de una ideología de mercado fundamentalista. No lo era porque las bases de la sostenibilidad medioambiental se han seguido socavando día tras día. No lo era porque cuanto más riqueza creamos, peor es su distribución en el planeta. No lo era porque las identidades culturales en todo el mundo están siendo barridas por los medios de comunicación global, sin que se preste atención a la especificidad cultural de cada pueblo. No lo es porque la fuerza bruta sigue prevaleciendo como instrumento de dominio internacional en áreas críticas del mundo, como Oriente Medio, donde Israel, con el apoyo de Estados Unidos, todavía cree que puede aplastar la intifada con tanques y misiles. No lo es porque el movimiento antiglobalización se ha convertido en un desafío político para amplios sectores de la opinión pública en todo el mundo. Y no lo es porque la respuesta predominantemente militar a la amenaza terrorista agudiza los riesgos, a la vez que pone en peligro la libertad en los países democráticos. En 2001, varios acontecimientos críticos han puesto de manifiesto la fragilidad de nuestro mundo, aniquilando para siempre la ideología del fin de la historia. No se trata de destruir las redes terroristas y volver a la normalidad como si nada hubiera pasado. Ha llegado el momento de comprender la especificidad de nuestro mundo, en toda su complejidad, el momento de diseñar estrategias y políticas que utilicen la creatividad de la revolución tecnológica y de la globalización económica para buscar la felicidad compartida. El hecho de que estas palabras suenen a tontería nos da la medida de la crisis moral e intelectual en la que nos encontramos.